

BOLIVAR Y LA SANTA ALIANZA

JOSE RAFAEL ARBOLEDA CABRERA, S. J.*

**Conferencia leída con motivo del otorgamiento del grado de
DOCTOR HONORIS CAUSA EN CIENCIAS SOCIALES
Pontificia Universidad Javeriana, Septiembre 29 de 1986**

Sean mis primeras palabras de agradecimiento a Dios en este día por haberme permitido consagrar mis fuerzas a la obra de la educación de la juventud en la Universidad Javeriana durante largos años. De una manera especial mi reconocimiento a las directivas de la Universidad por el honor que hoy se me confiere al otorgarme el Doctorado Honoris Causa en Ciencias Sociales. Nunca en mis años de enseñanza hubiera soñado con tal alta distinción, que de hoy en adelante será un estímulo mayor para consagrar mis limitadas fuerzas a la enseñanza y a la investigación científica en los campos de mi predilección: la Antropología, la Sociología y la Historia.

Voy a distraer vuestra atención con el estudio de un tema de la época de la Independencia colombiana: Bolívar ante los poderes europeos de la Santa Alianza. La amenaza de la Santa Alianza a la independencia de los estados latinoamericanos ha sido presentada con frecuencia como algo inexistente en términos objetivos, y los historiadores que presumen que esta amenaza nunca tuvo posibilidades prácticas, exponen esta teoría para poder sustentar alguna otra; así Tatum, quien dice que el principal peligro para la Independencia, fue la Gran Bretaña. Pero todo esto, que puede ser cierto, no prueba que el riesgo de la Santa Alianza haya sido mínimo. Los autores se dividen sobre la magnitud de la Santa Alianza, como elemento militar. Todos parecen tener algo de razón. No hubo nunca una fuerza militar de la Santa Alianza, Rusia, Prusia, Austria y Francia, lista a partir a América para combatir contra los principios republicanos. Hubo ejércitos españoles listos a cumplir ese cometido antes de la revolución de Riego en 1820. Lo que no se puede negar es que hubo una amenaza subjetiva de la Santa Alianza que pudo tener

* Doctor Honoris Causa en Ciencias Sociales, Pontificia universidad Javeriana. Master of Arts en Antropología. Northwestern University, Chicago. Antiguo Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

efectos tan devastadores como los otros. Cuando Bolívar sostuvo su entrevista con el capitán inglés Maling, en Chorrillos cerca de Lima en marzo de 1825, pensaba que una invasión española era inminente, y manifestó su disposición, inversosímil, a cambiar la Constitución de la Gran Colombia en beneficio de las ideas monárquicas para aplacar la opinión europea, si con ello se obtenía el apoyo militar y diplomático de Inglaterra; ésta había sido la exigencia de Wellington a España en 1822, para impedir la invasión de los soldados franceses, los "CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS", ideada por Chateaubriand, y que en América se sabía que con una modificación constitucional se lograría quizá detener la oposición de los ultra-tories ingleses y aún de los monarquistas continentales, a la independencia de América. Según el historiador inglés Robertson, la intervención de Francia en favor de España y contra la independencia hispanoamericana fue una posibilidad concreta debatida en el gabinete, y Chateaubriand en su nota al embajador francés en Madrid en 1823, consideró específicamente esta eventualidad. Se llegó a pensar que los príncipes Francisco, Lucca y Sebastián, debían ser coronados en los tronos de América. Por todo esto se ve que los planes monárquicos europeos para América fueron reales y que sí existió una presión política y psicológica contra la obra de Bolívar(1). Ya desaparecida la Santa Alianza por la muerte de Alejandro, el Zar ruso, el peligro de una monarquía subsistió. Seguimos en esto al historiador Gustavo Arboleda: "Resurgió en Bogotá una tendencia monárquica cuyos adeptos conceptuaban conveniente conservar el mando al Libertador mientras viviese, y conseguir para después de sus días, un miembro de alguna de las familias reinantes en Europa; hasta se llegó a señalar por la semejanza de raza y de creencias religiosas, la familia del Príncipe de Orleans de Francia".

Cuando el Consejo de Ministros de la Gran Colombia en 1829, tuvo la desafortunada idea de instituir una monarquía en Colombia y propuso la idea unilateralmente, sin consultar a Bolívar, el gobierno inglés representando por Campbell vio con buenos ojos el proyecto, pero fue inmediatamente rechazado por Bolívar. El destino republicano de Colombia estaba decidido desde antes de que se otorgara el reconocimiento de su independencia de España, siempre y cuando, Inglaterra interpusiera su influencia para hacer fracasar las intrigas monárquicas de los franceses, que en este tiempo pululaban. Estudiemos a fondo la historia y la constitución de la Santa Alianza y su influencia en Europa por lo que hace a Bolívar.

El 24 de julio de 1723 nació para la historia el Libertador Simón Bolívar. Los anales de las repúblicas americanas están llenos de sus hazañas y sus glorias; pero su acción llegó más allá del continente americano. En la Europa de 1820 a 1830 su nombre no fue desconocido. Los grandes tronos que se repartieron la historia de la era post-napoleónica: Rusia, Austria, Prusia, Francia e Inglaterra, al afirmar sus principios de gobierno para consolidar su existencia, no pudieron olvidar el nombre de Bolívar, quien con la arrogancia del genio y la seguridad del estadista pensó en las nuevas repúblicas para enfrentarlas a las viejas monarquías del antiguo continente. Las rivalidades entre Inglaterra y Rusia tuvieron su efecto en este hemisferio: la ambición europea tenía una meta, el comercio de las nuevas naciones que abandonaban a España y empezaban a recorrer el camino del progreso en plena independencia política. Pero la época no favorecía los regímenes republicanos; los grandes de Europa, el Zar Alejandro I, Metternich y Chateaubriand entre otros, pensaron que la naturaleza de las nacientes repúblicas era una amenaza para las testas coronadas; y se esforzaron en impedir que la América independiente fuera una confederación de repúblicas. Se conoce esta época en la historia de Europa con el nombre de la hegemonía de la Santa Alianza.

En octubre de 1813 la batalla de las naciones de Leipzig selló para siempre la fortuna de Napoleón. Se puede decir que allí nació la era de la diplomacia. Realmente no había en Europa una figura tan importante entonces como el Zar Alejandro I. Desde las llanuras de Rusia hasta los bosques de Francia el heredero de Catalina la Grande era el símbolo de la cultura, del poder y la magnificencia. Para consolidar las antiguas naciones y redistribuir las fuerzas que quedaron dispersas después de la derrota definitiva de Napoleón en Waterloo, se convocó el Congreso de Viena, la última manifestación del absolutismo monárquico.

El Hofburg de Viena, hospedaje de reyes, conjunto importante de edificios y palacios, albergó a los monarcas europeos en aquella jornada de 1815; formaba contraste con el Ballhausplatz, sitio de reunión y discusión del congreso, hogar de la diplomacia, al que acudieron dos emperadores, cuatro reyes, doscientos diez y seis jefes de misiones diplomáticas, representantes de todos los poderes de Europa, mientras el mundo civilizado ansioso de paz, esperaba el resultado de las deliberaciones de ese parlamento internacional.

Unos pocos, los emperadores y los reyes se reunían en un salón de ese edificio para decidir por sí mismos el porvenir del mundo. Aquellos días se celebraron bailes, carnavales, justas, que atrajeron al mundo elegante de Viena. Ninguno esperó con mayor ansiedad la apertura del Congreso que el Zar Alejandro de Rusia. Su participación en las guerras napoleónicas, cuando el frío de las estepas paralizó las armas en manos de las tropas francesas, hacía de él, el árbitro de Europa y del Congreso. Las dos figuras centrales en el manejo de la política de entonces fueron Talleyrand y Metternich. El último, alma del sistema emanado de Viena es considerado por los historiadores como el eje de la política en la primera mitad del Siglo XIX. Si el Zar Alejandro fue el inspirador del Congreso de Viena y el creador de la Santa Alianza, el príncipe Clemente Lotario de Metternich fue el árbitro entre emperadores y reyes, el defensor de la monarquía como el mejor y único sistema para gobernar a los pueblos, enemigo de las repúblicas como forma política y por ende el opositor de la naciente independencia americana; se creía entonces en Europa que las nuevas repúblicas eran la amenaza más seria para cualquier monarquía. Por ello la figura del Libertador no pasó desapercibida en los ambientes del antiguo continente, como lo prueban los vivas a Bolívar en las calles de París en la revolución del treinta, cuando Benjamín Constant lo critica por sus actos durante la dictadura. ¿Qué pensó el mismo Bolívar de la ideología de la Santa Alianza y de su oposición a la Independencia de Suramérica? La respuesta a esta pregunta constituirá el tema principal de esta disertación. Para entender mejor este aspecto de la historia hispanoamericana debemos recordar el origen y la ideología de esa estructura política llamada Santa Alianza.

El 10 de septiembre de 1815 en la llanura de Vertus, cerca de Chalons, se celebró una gran revista militar. El Zar pensó que la imponente ceremonia ayudaría a impresionar a sus rivales. El magnífico cuerpo de la guardia personal de Alejandro desfiló delante de su señor, del emperador de Austria y del rey de Prusia. Luego siguieron los turbulentos cosacos, la salvaje caballería de las estepas, cuya bien ganada fama ayudó a detener a Napoleón en Europa. Además de este ambiente de sables y uniformes, siete altares erigidos en la llanura de la parada militar, dieron lugar a otros tantos servicios religiosos, de acuerdo con el imponente ritual griego ortodoxo. Los soldados estaban dispuestos a morir por el autócrata Zar, envuelto en el aroma de la pólvora y el incienso. El rey de

Prusia y el emperador de Austria fueron luego invitados a firmar el nuevo tratado que dio origen a la Santa Alianza. Recordemos como antecedente la Cuádruple Alianza contra Napoleón, en la que Rusia, Prusia, Austria e Inglaterra alinearon 825.000 soldados. Waterloo fue la acción directa de esta alianza. El espíritu místico, de complicada psicología religiosa, que animaba al Zar, y su formación en los principios de la religión ortodoxa, fueron los responsables de ese título, más político que cristiano, con el que ha pasado a la historia de la diplomacia internacional la Santa Alianza.

Se aparta del campo de lo trascendente histórico, según lo modernos, la influencia de la Baronesa de Krudener, y de Bergasse el filósofo francés, en el ánimo del Zar. En París tuvieron lugar los encuentros con esta famosa dama quien había profetizado la caída de Napoleón. Reuniones de oración en la capilla griega de los Campos Eliseos trataron de copiar el ambiente de los primitivos cristianos. Durante las visitas del Zar Alejandro a la Baronesa de Krudener ella caía de rodillas y recordaba las victorias de la religión, ejemplarizadas en los triunfos del Zar; pedía por el arrepentimiento de la humanidad y usaban su influencia para peticiones políticas. Claro es que este comportamiento se prestó a la elaboración del mito.

La Emperatriz Catalina planeó la educación del Zar de acuerdo a las ideas de dos genios admirados por ella, Grimm el filósofo alemán y Diderot el enciclopedista. Como preceptor fue escogido el humanista franco-suizo Laharpe, tan famoso en la historia del clasicismo gramatical. El jacobinismo radical de este personaje no fue obstáculo para su papel, aunque años más tarde la Emperatriz hubiera concebido un odio reconcentrado a todo lo que fuera liberalismo democrático, y se acentuara en su casa y en su ambiente la adoración por la monarquía. El Padre Andrés Samborski, confesor del futuro Zar de Rusia, anotó su carácter sugestionable y su dedicación a todo lo que pudiera satisfacer su irrefrenable curiosidad. Sin estos antecedentes sería imposible comprender la filosofía de la Santa Alianza y su influencia en el siglo XIX.

El documento firmado por los grandes de Europa y mantenido un tiempo en secreto, decía:

“Sus majestades el Emperador de Austria, el rey de Prusia y el emperador de todas las Rusias, habiendo adquirido la íntima convicción de que es necesario asentar el desarrollo que deben adoptar las potencias en sus relaciones mutuas, sobre las verdades sublimes que nos enseñó la eterna religión de Dios Salvador; declaran solemnemente que el presente acto no tiene más objeto que el de manifestar a la faz del universo su determinación inquebrantable de no tomar como regla de su conducta, ya sea en la administración de sus estados respectivos, ya sea en sus relaciones políticas con cualquier otro gobierno, más que los preceptos de esta religión santa, preceptos de justicia, de caridad y de paz, que lejos de ser únicamente aplicables a la vida privada, deben por el contrario influir directamente sobre las resoluciones de los príncipes y guiar todos sus gestiones como único medio de consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones”. Después de esta declaración programática, los artículos del pacto decían:

Artículo 1º Conforme a las palabras de la Sagradas Escrituras que ordenan a todos los hombres mirarse como hermanos, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los lazos de una fraternidad verdadera e indisoluble, y considerándose como compatriotas se prestarán en toda ocasión y en todo lugar asistencia, ayuda y socorro;

considerándose hacia sus súbditos y ejércitos como padres de familia, los dirigirán con el mismo espíritu de fraternidad de que están animados para proteger la religión, la paz y la justicia.

Artículo 2º El único principio en vigor será el de prestarse recíprocamente ayuda... ya que los tres príncipes aliados se consideran a sí mismos como delegados por la Providencia para gobernar a tres de una misma familia a saber: Austria, Prusia y Rusia”.

Este pacto parece remontarse a la grandiosa concepción del Estado en la Edad Media, al integrar los reinos en una confederación cristiana, que recibe el poder de Cristo con la misión de hacer reinar la ley. La Santa Alianza piensa convertirse así en instrumento de paz y felicidad para la humanidad por el respeto a una misma ideología extendida a todos; pero esta ideología no está basada en la emancipación del hombre y del ciudadano, sino en el derecho divino de los reyes.

Como obra humana este misticismo cristiano está acompañado del deseo de hacer triunfar las ideas políticas del Zar. El derecho divino de los soberanos, proclamado por esta Santa Alianza, servirá de antídoto a los movimientos revolucionarios de los pueblos. El Vicario de Cristo no sería ya el Papa de Roma, como en tiempo del Sacro Imperio Germánico; ese deber y ese honor están reservados ahora al Zar de todas las Rusias. La Santa Alianza, anota un historiador contemporáneo, hace resaltar de modo sorprendente la diferencia de las concepciones filosóficas que separan a las tres zonas de Europa. Para los pueblos de Occidente, a los que se unen los Estados Unidos de América, el hombre se acerca a Dios por la libertad; el ideal alemán, que se encarna en el hegelianismo, hace del pueblo germánico el depositario de la Voluntad Divina, manifestada por su nacionalismo intransigente. Alejandro I, representante del ecumenismo autocrático ruso, permanece fiel a la idea medieval del derecho divino de los soberanos.

Realmente la Santa Alianza nace como una reacción contra la Revolución Francesa y la era Napoleónica, con el fin de consolidar los tronos europeos; y para ello el Zar sueña con agrupar bajo su mano providente a las potencias del centro de Europa.

Luis XVIII de Francia quiere recuperar para su patria la hegemonía que ésta tuvo en tiempos de Napoleón; no se puede oponer a la nueva situación, y él no tiene la fuerza militar y política del Zar; para asegurarse una posición digna en Europa y más allá de los mares, se adhiere a la Santa Alianza secretamente, el mismo día de la firma del tratado. Mientras esto sucedía en el continente europeo, Inglaterra protagoniza la mayor expansión marítima de nación alguna; adquiere nuevas colonias y se presenta como árbitro en la disputa de España por la obediencia de sus colonias. Birmania, la India y Australia pasan a ser parte del imperio inglés; 150 millones de asiáticos se suman a la población de la nueva potencia europea. Así se recupera la pérdida de los Estados Unidos. Este nuevo imperialismo asimila los principios liberales que hacen posible la política de la colonización. Como era natural, el Zar Alejandro, de vuelta de sus veleidades liberales se reincorpora a la plena fe ortodoxa y trata de oponerse a Inglaterra. Mantiene un ejército de 600.000 hombres para amedrentar a Austria su aliada, respetando solo a Prusia. Para ello planea ayudar a España para que vuelva a ser gran potencia, con base en sus colonias de América. En este panorama se ve, qué puedan pensar en Europa de la independencia de las colonias españolas. Las ideas de los políticos de aquende los mares flucúan entre la fidelidad a Fernando VII como reacción a la abdicación de Bayona y a la

toma del trono español por José Bonaparte, y la idea de Libertad por derecho de nacimiento y conquista, como lo expuso Camilo Torres en el Memorial de Agravios. No fue pequeña la reacción de Suramérica al plan de imponer descendientes de los Borbones como jefes políticos de los nacientes estados. El Vizconde de Chateaubriand, Ministro de Relaciones Exteriores, pensó en príncipes de sangre real europea para tener las colonias españolas y perpetuar la monarquía. En este cuadro las nacientes repúblicas de Venezuela y Nueva Granada tienen un significado glorioso en la historia de la libertad; y el artífice de Boyacá y Carabobo merecería sentarse con los grandes de Europa en los Congresos de Viena, Verona, Aix-la Chapelle, Troppau o Laybach, cuando se trató de redefinir el concepto político y geográfico de libertad en Europa. La obra de Bolívar se desenvuelve en la historia en un paralelo temporal impresionante con el apogeo de la Santa Alianza: en Verona se decide la ayuda de Francia a España en 1822 y el Zar Alejandro muere en 1825. Bolívar en este período consolida la independencia americana sellada en Ayacucho en 1824.

El Zar trató de atraer al Rey de España Fernando VII a la Santa Alianza, una vez respuesto en el trono. Este se había negado a firmar el acta del Congreso de Viena porque en ella se concedían a la Archiduquesa María Luisa de Habsburgo, los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla, sobre los que iba a reinar el hijo de Napoleón, y que antes de 1789 pertenecían a los Borbones de España. En enero de 1820 estalló en Cadiz la revolución de Riego entre las tropas que debían venir a la reconquista de Suramérica. Fernando VII se ve obligado a jurar la constitución de 1812; el caos y la confusión reinan en España. Esto lógicamente alejó más a la madre patria de sus hijos, y éstas siguieron el proceso de la libertad y de la organización de sus propios gobiernos.

El genio suramericano que sorprendió en los salones de París en 1806 y 1807; el admirador de Napoleón y testigo de su coronación en Notre Dame y Milán, cuando el gran corso ciñó la diadema de los reyes lombardos, lo ve ahora caído y desaparecido del mapa de Europa; Bolívar piensa, medita en la filosofía política y produce para su patria y las demás naciones suramericanas una fisonomía propia y nueva de la libertad; sueña con la unión de los hijos de su espada, ante los hechos hegemónicos de emperadores y reyes. Las olas del Mediterráneo traen al Atlántico los rumores de Nápoles y Cadiz, y se estrellan luego en Cartagena y La Guayra. No podía Bolívar permanecer impasible ante la mentalidad regalista de España y Francia y ante las tendencias económicas de Inglaterra. Su conocimiento de los asuntos europeos no le permitía la postura de la ignorancia, ni la inercia del pequeño ante el gigante. Por ello en su pensamiento político, en su actuación diplomática y en la delicada conducción de los asuntos eclesiásticos, no ignoró la formidable fuerza de la Santa Sede, sino tomó posiciones ante ella.

La independencia de las repúblicas suramericanas creaba en Europa una triple posición; de reconocimiento, de prescindencia o de oposición. La nación o la potencia internacional que reconociera la existencia de una nueva nación americana sentaba un precedente a favor de la revolución de independencia y en contra del imperio colonial español. Ideológicamente ya se había suscitado la lucha con la polémica acerca del republicanismo como sistema de gobierno, aprobado por la Santa Sede desde la homilía famosa del Cardenal Chiaramonti, el futuro Pío VII el Papa de las luchas napoleónicas y de los albores de la independencia americana. El Cardenal Chiaramonti predicó en la Nochebuena de 1797 una célebre homilía en la que fijó los principios que rigen las relaciones entre la democracia y el Evangelio. Cuando en París se firmó el pacto de la

Santa Alianza era apenas naturalñ que se hubiera recordado en la Cristiandad y por los jefes de gobierno la tesis del Pío VII. Decía el entonces Cardenal:

“La forma de gobierno democrático que habéis adoptado (en la República Cisalpina, reconocida por los austriacos en Campo Formio), no repugna en modo alguno al Evangelio. Exige más bien todas aquellas virtudes que solo en el Evangelio se aprenden. . . esas virtudes os harán buenos demócratas, con una democracia recta, común; ellas conservarán la verdadera igualdad. Más bien que la filosofía, serán el Evangelio y las Tradiciones Apostólicas y los Santos Doctores las fuerzas que harán florecer la grandeza republicana, convirtiendo a todos los hombres en héroes de humildad en el obedecer, de prudencia en el gobernar, de caridad en el hermanarse, seguir el Evangelio, y seréis el gozo de la República; sed buenos cristianos y seréis excelentes demócratas”. Esta famosa página de cristianismo y teoría política fue divulgada en tiempo de la Independencia por Juan Germán Roscio quien hizo de ella una edición en Filadelfia.

Al comparar los dos documentos: el Pacto de la Santa Alianza y la Homilía, se ve muy claro que el enfoque religioso es muy distinto; en el primero el Evangelio al servicio de las monarquías; en el segundo la tradición de la Iglesia, sin compromiso político, sirve de base a la libertad de la república. Por ello los patriotas americanos se esforzaron en propagar la doctrina de Pío VII, para justificar ante sus pueblos creyentes la existencia de las nuevas democracias, al paso que los reyes y sus ministros en Europa buscan cómo suprimir estos brotes de la nueva libertad en América.

Hay un capítulo en la historia de la Independencia americana que muestra muy claramente la influencia de la Santa Alianza y los esfuerzos del Libertador por anularla. Es el de las relaciones de las nuevas repúblicas con la Sede de Roma. El prolongado proceso de la independencia de las varias repúblicas creó un problema para la Santa Sede. No sucedió así con la independencia de los Estados Unidos, porque el reconocimiento de Inglaterra, a los siete años de vida independiente, regularizó la situación internacional. Además la erección de la jerarquía católica en el nuevo Estado se hizo por Roma sin intromisiones ni choques. En cambio, en la América Española donde el Patronato sobre la Iglesia creaba un serio obstáculo, las nuevas naciones no podían ser reconocidas sino a través de Madrid y su Consejo de Indias. Así el camino directo a Roma parecía cerrado primero por Nápoles y luego por Madrid y la Santa Alianza, de tal manera que sí hubo peligro de un cisma de suprema gravedad ya que se habían cerrado los caminos de acercamiento al Pontífice de Roma. La habilidad del Libertador, claro en su política vaticana, la sagacidad de su diplomático don Ignacio Sánchez de Tejada y la comprensión del gran Cardenal Capellari, futuro Gregorio XVI, lograron el restablecimiento de la Jerarquía y más tarde el reconocimiento.

El Embajador Tejada jugó un papel de inmensa trascendencia en este capítulo de las relaciones con la Santa Sede, ya que le tocó actuar en la Ciudad Eterna en el apogeo de la influencia de la Santa Alianza en el Pontificado, cuando los embajadores de los países firmantes del Pacto en París, regulaban todos los movimientos de la Santa Sede, con presiones indebidas. El amigo de esos embajadores, el Embajador de España, influenciado por ellos, don Antonio Vargas Laguna, amigo personal de León XII, logró que el buen don Ignacio saliera de Roma al exilio y suspendiera por entonces su representación oficial. Desde Florencia donde lo tenían confinado las intrigas de los representantes de Rusia, Prusia y Austria, don Ignacio Sánchez de Tejada en nombre del Libertador urgía de la Santa Sede el nombramiento de nuevos obispos para Colombia.

Su carta del 12 de diciembre de 1824 a don Pedro Gual, Secretario de Relaciones Exteriores, es un documento de primer orden para conocer el ambiente dominado por la Santa Alianza y sus relaciones con Colombia. Veamos los apartes principales:

“Nadie creía posible que yo llegara a Roma; tuve la fortuna de atravesar sin obstáculo la Suiza, el Piamonte, el Milanesado, los Estados de Parma, de Módena y la Toscana, todos dominados por la Santa Alianza”. Pidió por escrito audiencia al Cardenal de la Somaglia, Secretario de Estado. En ella dice Tejada, éste le comunicó: “que la noticia del nombramiento hecho por mi gobierno de un Agente Diplomático cerca de la Silla Apostólica se había publicado hacia algún tiempo en los diarios de Europa; que esto había llamado poderosamente la atención de España y de las potencias continentales para quienes era tan ominiosa la palabra independencia como la denominación de gobierno republicano; que el Plenipotenciario español don Antonio Vargas anunciaba una oposición tenaz; que no dudaba le ayudasen o lo sostuviesen las potencias que componían la Santa Alianza. . . que la situación de Su Santidad era la más difícil que podía imaginarse”. Y más adelante: “Yo veía bien claro que la corte de Roma tenía necesidad de ceder al influjo de la Santa Alianza; y que mientras ésta no fuera contraria, no se atrevería a llamarse el Pontífice. Pero también conocía que deseaba al mismo tiempo no perder la ocasión de entrar en relaciones con el Gobierno del Libertador”. Luego Tejada formula brevemente la situación:

“Me confirmaba en el juicio que había formado del gobierno papal: No podía resistir a las reclamaciones de la España o por mejor decir de la Santa Alianza, y no quería desatender al Gobierno de Colombia”.

En esta importante epístola llega Tejada a escribir un párrafo que muestra realmente el peligro del Cisma:

“Si el sistema que había adoptado la Corte de Roma era el de obrar según las circunstancias políticas, debía temer por otra parte o que la duración de estas en Europa (pues ni la Santa Alianza mudaría de principios, ni España de conducta) la obligase a permanecer en una larguísima inacción, o que una alteración y grande novedad en América, le ofreciese un desengaño tardío, de los inconvenientes de semejante política”.

Sobre el Libertador se tenía la siguiente información: “La República de Colombia había arrojado de su territorio, hasta el último soldado español. Que nada probaba mejor esta aserción que el hecho notorio en toda Europa de haber enviado un ejército al Perú para libertar aquel país del yugo español. Que las noticias de la derrota de aquel ejército o eran parte de la impotente y maligna política de España, o invención de los agiotistas ingleses. El ejército al mando del General Libertador era muy superior al de los españoles y cada día recibía más refuerzos”. Tres días antes de esta larga carta había tenido lugar la acción de Ayacucho.

El Nuncio en Madrid, Giustiniani, deja ver la influencia de la Santa Alianza en el *problema americano*; dice de sus embajadores: “El gobierno español, a pesar de su absoluta impotencia, está resuelto a continuar la lucha desigual que sostiene hace largo tiempo con sus colonias insurreccionadas. Conforme en esto con el carácter nacional, no acoge propuesta alguna de transacción ni inteligencia, y así va a perder la poca influencia que le queda sin ganar la pérdida. Pero en esta fatal obstinación tiene gran influjo la

Santa Alianza, cuyos representantes tanto en Madrid como en París no dejan de animar a España a sostener a toda costa sus derechos sobre América y a no permitir el triunfo de los demagogos rebeldes. La misma Francia, bien lejos de dar mejores consejos, parece en cierto modo autorizar y confirmar los de sus aliados con las recentísimas declaraciones oficiales que acaba de darles, para disipar los temores a que había dado lugar el reconocimiento de la República de Haití. Protesta que no faltará a los miramientos que debe a España y que no se seguirá el ejemplo de Inglaterra por lo que toda a los Estados de la América Española. El Ministro francés Barón de Damás se ha apresurado más bien a declarar al español, que a los comisionados mejicanos llegados a París para dirigirse a Roma, les ha rehusado refrendar los pasaportes que presentaban con título oficial, declarando que ignora que existiera un gobierno mejicano y que no cuenten con el permiso de pasaje ni permanencia en Francia sino a base de otros pasaportes personales donde no aparezca el dicho título.

Yo no he dejado de sondear con tacto indirectamente a dichos representantes de la Santa Alianza, pero les encuentro hasta ahora del todo ajenos a lo que se desea. Reconocen la inmensa trascendencia de un reconocimiento aunque no sea sino tácito del Santo Padre; *crean que bastaría por sí solo a echar el último sello a la independencia*, y guiados únicamente de miras políticas, no quieren ponderar los motivos de religión que aconsejan medidas pacíficas y conciliatorias. Rusia es en esto la más resuelta y decidida. Prusia y tal vez Austria no habrían repugnado el acercarse a alguno de los nuevos estados americanos por relaciones comerciales; pero Rusia preponderante en las determinaciones de la Alianza continental, hasta ahora ha persuadido por no decir constreñido a todos, a no declinar del sistema uniforme de oposición a las colonias rebeldes, y a no apartarse de la conducta que con ellas tiene España”.

Después de esta carta privada de la diplomacia secreta no queda duda de la posición de la Santa Alianza en los asuntos españoles referentes al Pontificado. Desde mediados de 1823 hasta bien entrado el año de 1825 llega a su mayor auge el absolutismo de la Alianza en Roma. Bolívar poseía de la situación un conocimiento perfecto como se ve en su correspondencia, y obraba en consecuencia. Su diplomacia le lleva a pedir a los obispos de Colombia que soliciten del Santo Padre las relaciones con la Santa Sede; así lo declara en las cartas de Jiménez de Enciso y Lasso de la Vega. Veamos algunas muestras de la citada influencia antes de estudiar con detención el pensamiento bolivariano. Los Congresos de Laybach y Verona de 1821 y 1822 respectivamente trajeron como conclusión la intervención de Francia en España y la reposición de Fernando VII en sus derechos de soberano absoluto, justamente el mismo día en que era elegido Papa Annibale della Genga con el nombre de León XII, el 28 de septiembre de 1823.

“Lord Wellington, representante de Inglaterra en el Congreso de Verona, miró con disgusto la intervención de Francia en España y amenazó con el reconocimiento de las repúblicas de América. Contra esta amenaza surgió la fórmula ya citada del Ministro de Estado francés Vizconde de Chateaubriand a raíz del paseo militar de los “Cien mil hijos de San Luis” por España: Impedir el reconocimiento de aquellas repúblicas, pero por otro lado obligar a Fernando VII a constituir en América varias monarquías autónomas”.

Inglaterra amenazó seriamente a Francia por esa actitud. El nuevo Ministro Canning pensó en el reconocimiento de las naciones americanas. En este cuadro de incertidumbre de la Santa Sede, la intromisión de Francia y las amenazas inglesas, don Ignacio

Sánchez de Tejada pone la pincelada del honor. Solo él actuaba en Roma por la América, y en forma desigual. Estando en Inglaterra, el Embajador francés Príncipe de Polignac le ofreció su mediación para los fines que lo llevaban a la Ciudad Eterna; Tejada contestó que hacía años la mediadora de Colombia en Europa era Inglaterra. Firme en Roma, y luego en el exilio por obra de la Santa Alianza, era el representante del Libertador en esa contienda diplomática; la paciencia de ambos se verá galardonada con la victoria, el 21 de mayo de 1827 con la preconización de los primeros obispos para la Colombia independiente; era como el reconocimiento de la nacionalidad espiritual.

¿Qué pensaba Bolívar de la Santa Alianza en aquel entonces? La respuesta a esta pregunta formaría un libro que está por escribirse. Sería el paralelo entre el genio suramericano que señala el camino de la Libertad desde Valencia hasta Ayacucho, y el Príncipe de Metternich que organiza el mapa de Europa en la indecisa aurora del Siglo XIX. Espigando cronológicamente en las cartas de Bolívar podemos construir toda una teoría política acerca del absolutismo europeo.

El 24 de enero de 1824 desde Pativilca escribe al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia en estos términos:

“La Santa Alianza ha llevado sus armas hasta los muros de Cadiz (se refiere el Libertador a la expedición del Duque de Angulema y los “Cien mil hijos de San Luis”). El mundo viejo gravita ya sobre el nuevo; ha faltado el equilibrio entre ambos hemisferios; y solo la Inglaterra señora de los mares podrá protegernos contra los esfuerzos reunidos del servilismo europeo”. Estas palabras parecen un eco de las de Tejada al Príncipe de Polignac; cuán similar era el pensamiento del Presidente de Colombia y el de su Embajador. Prosigue Bolívar:

“Si esta nación conserva por más tiempo su mentalidad, si no se declara protectora de la América, el Nuevo Continente deberá tarde o temprano sucumbir. En este estado parece muy conforme a los intereses de la República de Colombia que el poder ejecutivo tome en consideración las circunstancias críticas de que nos vemos amenazados e invite al gobierno británico a que pronuncie no solo su reconocimiento de la República de Colombia sino que insista exigiendo de la España el reconocimiento de la misma independencia de todas las secciones de América”. No es necesario comentar el profundo conocimiento de la situación europea que poseía el Libertador. Quien nos haya seguido verá como una conclusión lógica el pensamiento de Bolívar acerca de La Santa Alianza e Inglaterra. Las tropas de Angulema en Cádiz lo dicen todo.

El 30 de marzo de 1824 en carta al General Santander, continúa el comentario:

“La Santa Alianza me hace reír; las expediciones francesas me excitan a compasión de los que las creen”. A Sucre le dice el 9 de abril de 1824 que el reconocimiento de Inglaterra está cerca. Llegó el 1º de enero de 1825. “Los auxilios contra Francia están prontos. La España no puede hacer nada porque no tiene marina. Todo lo que dependa de la Santa Alianza será combatido por la Inglaterra y por la América del Norte”.

Al mismo Sucre dice Tomás de Heres, por orden de su Excelencia: “La Santa Alianza no omite medio alguno por más criminal, por más vedado que parezca, para perturbar el orden en América, para sembrar la discordia, para sembrar partidos y disenciones; por

último para arruinar la obra que tanta sangre y tantos sacrificios han costado a los amantes de la Libertad e Independencia. Restituir la América al antiguo y vergonzoso estado de Colonias Españolas o cuando menos levantar en ella tronos a las personas de su elección; tales son decidida y obstinadamente las miras de la Santa Liga”.

Muy bien se ve en este comentario que refleja la ideología del Libertador, el plan de la Santa Alianza, lucha contra las nuevas repúblicas y establecimiento de tronos europeos.

En febrero de 1825 tuvo lugar en Lima el asesinato de Bernardo Monteagudo. Bolívar comenta a Santander:

“Los asesinos están presos y ellos confiesan dos personas que pertenecen a la facción gótica de este país. Yo creo que esto puede tener origen en los intrigantes de la Santa Alianza que nos rodean; porque el objeto no debía ser solo matar a Monteagudo sino a mí y a otros jefes. He mandado salir a un agente francés que estaba aquí, un Conde de Moges”.

Más adelante escribe Bolívar acerca del Congreso del Río de la Plata y los negocios del Alto Perú y Brasil:

“El resultado de este Congreso no lo sé; lo único que me imagino es que podrá conexionarse con los negocios del Alto Perú en los cuales tendremos que representar nuestra parte para no dejar en aquellas provincias al godo y muy servil Olañeta, que siempre estará pronto a obrar con la Santa Alianza, como lo dice públicamente en sus papeles. El Emperador del Brasil y la Santa Alianza son uno. Y si nosotros los pueblos libres, no formamos otro, somos perdidos”. Continúa hablando del futuro Congreso de Panamá, como el último servicio a la América.

El tema de la invasión de los brasileños al Alto Perú no bien estudiado todavía, plantea al Libertador una consecuencia: si el Emperador es aconsejado por la Santa Alianza, entonces el suceso es de mucha importancia, porque los aliados son demasiado fuertes y tienen un interés muy grandes en la destrucción de las nuevas repúblicas americanas.

Impresionado el Libertador por las continuas intromisiones de los monarcas europeos en este problema del Brasil, deja en su correspondencia apreciaciones graves que reflejan la pugna de esos reyes con la América. Llega hasta planear una organización defensiva de repúblicas, esbozadas en Arequipa el 30 de marzo de 1825:

“Si la invasión es por consejo de la Santa Alianza la cosa es de la mayor gravedad y su trascendencia inmensa. Debemos en este caso prepararnos a una larga contienda con la mayor parte de Europa. Creo que lo primero que debemos ejecutar, si la Santa Alianza se mezcla en nuestros negocios, es que el Perú y Buenos Aires ocupen inmediatamente el Brasil; Chile a Chiloé; Colombia, Guatemala y Méjico deben ocuparse de su propia defensa, y toda la América formar una sola causa atendiendo todos a la vez a los puntos atacados o amenazados. Para formar esta liga y este pacto, es más urgente que nunca la reunión de los federados en el Istmo. En iguales términos se dirige a Hipólito Unanue por la misma fecha. No era exagerado el temor de Bolívar: Dice Jacques Pirenne que cuando se clausuró en 1822 el Congreso de Verona, que señala el fin del sistema europeo acordado por el Congreso de Viena, “la cuestión de las colonias españolas domina

indiscutiblemente la política, no solamente de Europa sino de América. Tal cuestión no podía ser evitada después de la intervención francesa en España. Habiendo solicitado en vano la mediación de Inglaterra, la de las potencias y la de la Santa Alianza, Fernando VII dirigió su solicitud a Francia para lograr que ésta completarse su obra de restauración extendiéndola a América del Sur, y condujese de nuevo las colonias insurrectas a la obediencia de Madrid”.

Muy bien sabía el Libertador que la influencia del Zar Alejandro era el real peligro para Suramérica. Así lo reconoce muerto éste:

“Se ha confirmado la muerte de Alejandro y la sucesión de Constantino. Más tarde el sucesor fue su hermano Nicolás. Yo he considerado esta muerte como una fortuna para nosotros y que va a sernos muy útil en nuestras relaciones con la Inglaterra, que animará a la Francia a seguir en las miras de Monsieur Villate, y en fin, que podrá destruir la Santa Alianza, ya que no existe el alma que la animaba”.

Más tarde decía a Sir Roberth Wilson: “He tenido la idea, luego que se consumó la ruina de Napoleón, que la Inglaterra debía presentarle a la Rusia una presa en la Turquía, que cebara su codicia y que la Grecia estaba llamada por ofrecer la ocasión que no debía desperdiciarse, para destruir a la Santa Alianza y dividir luego la Rusia haciéndola parecer como un coloso amenazador que merecía estar cortado en cuartos por toda la Europa para prevenir su opresión”.

Muerto Alejandro empieza a desmoronarse su construcción. Pero el final tardó, ya que detrás de los tronos estaba Metternich quien le dio otro giro a la política europea en sus relaciones con la América independiente. Inglaterra era clave en todo este movimiento; después del reconocimiento de los Estados Unidos en 1822 sigue el de aquella nación el 1º de enero de 1825. En junio de 1826 escribía Bolívar a Santander:

“Yo he hablado al agente de Inglaterra aquí sobre la liga de Inglaterra con nosotros por medio del Congreso de Panamá. Como toda conversación se comunica, no dudo que ésta se sabrá en Londres, aunque con mucha reserva. Esta ventaja sería inmensa, pues tendríamos un garante contra la España, contra la Santa Alianza, y contra la anarquía”.

Hemos dejado para el final de esta antología de documentos la carta del Libertador a Manuel José Hurtado, Ministro de Colombia en Londres en la que se precisa la concepción del grande hombre frente de las tendencias monárquicas que se quieren imponer a la América del Sur:

“Voy a tomar la libertad de encargar a usted un negocio de la mayor gravedad y digno a la vez de la más fina delicadeza. Es el caso que según parece la Francia toma por pretexto para hacernos la guerra el sistema democrático que hemos adoptado en nuestros gobiernos. El Embajador francés en una de sus conferencias con Mr. Canning le dijo que la Inglaterra unida al resto de la Europa debería interponer su mediación para que adoptásemos cuando menos, sistemas aristocráticos. Usted sabe, como debe saberlo todo el mundo por mi discurso al Congreso de Venezuela que mi opinión era entonces que imitásemos al parlamento británico en nuestro poder legislativo. Así usted está autorizado expresamente por mí, para que haga presente al Ministerio Británico cuales son mis ideas en negocio de gobierno. Bien claramente están expresadas en mi citado discurso.

Estas ideas, expresadas con vigor, pueden autorizar al Ministerio Británico para que dé esperanzas a la Francia de una reforma en nuestra constitución. Todo esto no debe tener lugar sino después que se sepa de un modo terminante y evidentemente cierto, que la Francia y la Santa Alianza están resueltas a combatirnos a causa de nuestra democracia". Bolívar se refiere aquí al sistema por el que abogaba desde hacía tiempo, de una república aristocrática. No es nuestro papel el analizar desde el Derecho Constitucional la ideología del Libertador. Solo insistimos en su posición erguida enfrente de la hegemonía de la Santa Alianza, ahora representada por Francia y sus planes siniestros para con las nuevas nacionalidades de América.

En la génesis histórica del Congreso de Panamá la situación europea tuvo una gran parte. Era natural que se pensara en aunar las fuerzas democráticas republicanas ante la amenaza de los tronos sutócratas del Antiguo Continente, y que después de los Congresos de emperadores y reyes vinieran Congresos de pueblos con más representación democrática. Los Estados Unidos declararon permanecer al margen de las deliberaciones de Panamá, salvo el caso en el que "puedan ser requeridos para formar una alianza ofensiva y defensiva, para en caso de que llamada Santa Alianza intente ayudar a la España a reducir las nuevas repúblicas a su antiguo estado de colonias, o las quiera obligar a adoptar sistemas políticos más conformes a sus miras e intereses".

Esta posición temerosa de los Estados Unidos merece el comentario del Libertador; nunca deseó que este país se crease una situación preponderante en América; al contrario, inquietábanle sus futuras ambiciones y su conducta aritmética de negocios, como se lo dice a don Guillermo White. La negativa de los Estados Unidos a compromiso alguno en Panamá muestra cuál era en definitiva la situación del Libertador; no le acompañaba la fuerza sino el ideal y la razón. En América el único hombre que poseía el concepto de la solidaridad continental era Bolívar. La diplomacia de los estados sajones hizo cuanto pudo para evitar que aquel concepto se extendiera y afirmara en una solemne realización, dice Parra Pérez.

Como hitos de la historia universal hoy recordamos los acontecimientos que cambiaron el mundo en los albores del siglo XIX. Cansada Francia del absolutismo y abuso de los reyes, se lanza a la Bastilla; un turbión de sangre y la declaración de los Derechos del Hombre, cambian la faz de Europa y América. Napoleón recoge la herencia de la revolución y se proclama el amo de Occidente. España baja a marchas forzadas de la cumbre de su grandeza y renuncia a su identidad en Bayona. América llega a la adolescencia y reclama sus derechos. Dos hombres encarnan el movimiento americano, San Martín en el Sur y Bolívar en el Norte. Una nueva estructura política surge en el mundo; las monarquías se hunden y los pueblos quieren gobernarse por sí mismos. La historia de las frentes coronadas no acepta su ocaso, y los emperadores y reyes reafirman su presencia en el mundo. Como una reencarnación de la Edad Media, la Santa Alianza entrega su mensaje a Europa. Una nueva conciencia de los derechos del hombre arma los brazos demócratas de los mestizos americanos y de los hijos de europeos en estas tierras; surgen las naciones hispanoamericanas amparadas por la espada del Libertador Simón Bolívar como la nueva humanidad constructora de una nueva historia. Es la aurora de la democracia que sucede al ocaso de los reyes. La Santa Alianza equivoca su camino en la historia y cede el paso al artífice de "La Verdadera América",

BIBLIOGRAFIA

- Gustavo Arboleda. Historia Contemporánea de Colombia, Tomo I, Bogotá, 1918.
- José Rafael Arboleda, S.J. "El Abate de Pradt y el Congreso de Panamá". Boletín de Historia y Antigüedades, Vol. 63 Nº 712, Bogotá, 1976.
- Rusell H. Bartley. Imperial Russia and the Struggle for Latin American Independence, 1808-1828. Austin, Texas, 1978.
- Simón Bolívar. CARTAS, Edic. Vicente Lecuna, Caracas.
- Creesson W. P. The Holy Alliance. Oxford University Press, 1922.
- Juan Diego Jaramillo. Bolívar y Canning 1822-1827. Banco de la República, Bogotá, 1983.
- Pedro de Leturia, S.J., Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica, Tomo II. Epoca de Bolívar. Roma-Caracas, 1959.
- Jacques Pirenne. Historia Universal, Vol. V. La Revolución Francesa (Trad. Española), Barcelona, 1973.